



DECENARIO DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Año 1

Lorca 20 de Noviembre de 1896

Núm. 33

SUMARIO

De actualidad, por Felipe G. Hita.—¡Querol... por Juan J. Mendiña.—Nube de besos, por Jesús Cánovas.—Vibraciones, por F. Collado Salinas.—Antigüedades de Lorca (conclusión), por Manuel Hernández Carrasco.—A la Paz, por José M. López.—Mesa revuelta.

De actualidad

Cuantas veces he intentado cojer la pluma para escribir algo que, aunque indigno, como mío, de figurar en las ilustradas columnas de esta "Revista", pudiera, por lo menos, ocupar un pequeño espacio de ellas, otras tantas he tenido que desistir de aquél propósito, dejándola apoyada en el tintero, ya por falta de asunto de que tratar, ya por la mala disposición de mi ánimo para escribir: y es que cuando el alma se halla abatida por la contrariedad y el corazón oprimido por el dolor, no es posible que las ideas se forjen en el cerebro, como no es fácil obtener la ductilidad del hierro en un fogón extinto.

¿Quién será aquél, cuyos ojos hayan visto la luz por vez primera en esta nuestra querida patria, que hoy, á presencia del luc-

tuoso panorama que se extiende ante su vista, no tenga llagado el corazón, no sienta dentro de su ser esa lucha de encontradas pasiones, producida, necesariamente, por el amor y el cariño, la cólera y la indignación al ver á esta noble España siempre generosa y agoviada por el peso del dolor, sosteniendo lucha heróica y desesperada por evitar el despojo infame de unas posesiones que por legítimo derecho le pertenecen, adquiridas á costa de inmensos sacrificios, vertiendo la generosa sangre de sus hijos y la inmensidad de sus tesoros para defender su territorio, que es el hogar de aquellos, dispuesta á perderlo todo por conservar incólume la honra, esa honra conquistada á fuerza de hirviendo sangre, y conservada sin mancha ni vilipendio á través de los siglos y de las generaciones?

¡Pobre patria mía! Hoy que los traidores separatistas disparan las balas de sus cañones contra los pechos de tus leales hijos, que vierten su sangre en las cenagosas charcas de la manigua por defender hilo á hilo los girones de tu rasgado manto; que te hierren por la espalda los que hollando tu bandera, despreciando tus sanos consejos y escarneciendo el culto de tu sacrosanta religión, se entregan en su furor á toda clase de desmanes, allá, en el archipiélago Filipino, degollando á tus indefensos hijos, como

